

Camila quiso detenerle, pero Carlos desapareció, y entonces ella bajó la cabeza llorando.

En esto, la sobresaltó el sonido de una vez alegre y cariñosa que decía:

— ¿Qué te pasa?

— ¡Ah! ¡El señor cura!, exclamó Camila. A tiempo llega, le necesito; es muy bueno y se lo diré todo y me dará valor; ¡loado sea Dios!

Y corrió al encuentro del anciano sacerdote con la confianza y la serenidad de una niña.

IX

Carlos y Marcos se encontraron dos horas después en una calle del pueblo.

— He pensado una cosa, dijo Marcos. ¿Sabes en qué manos te has de poner para ese negocio?

— ¿Qué negocio?

Marcos hizo un ademán para indicar un país lejano.

— ¿Has entendido?.. Pues bien, ¿sabes á quién has de acudir si quieres salir bien? ¿A que no lo aciertas? No serás el primero que ha pasado por ese camino..., pero especialmente ahora que la cosa está más enredada: si él quiere, se escriben unos á otros de parroquia en parroquia, y te encuentras en salvo antes que lo adviertas. Debes ir á verle, cuéntale lo que te pasa, y sonsácale, pero sin arriesgarte. Si ves que cede pronto, ya lo sabes, al hierro caliente, batir de repente; si se hace el sueco, no es más que una ficción para no ser el primero en comprometerse; si se niega, lo dejas, es muy caballero y no te denunciará; lo peor será no haber conseguido nada.

— Pero ¿de quién hablas?, le preguntó Carlos.

Y Marcos hizo alrededor de la cabeza un ademán burlesco que quería significar un sombrero de cura.

X

El cura, á quien los vecinos del pueblo llamaban familiarmente D. Luis, era un anciano de setenta años, bajo y nervioso, con dos ojillos vivísimos, que leían en las almas como en un libro impreso, según decían las beatas; buen hombre y buen sacerdote, indulgente en el confesonario, de cordial humor en la mesa, de rostro colorado, blancos cabellos y de opiniones políticas tricolores, parecido en el género de vida y en su modo de ser á los demás curas de aldea, los cuales le distinguían por cierta aptitud para la literatura, de la que años atrás había dado pruebas escribiendo muchos sonetos dedicados al arzobispo y alabados por un periódico de la provincia como «flores de buena poesía no menos recomendables por la nobleza de la forma que por la robustez de los conceptos.» La mirada llena de benevolencia y la voz dulce templaban la severidad de sus facciones y la rigidez de su porte que le daban el aspecto de un comandante jubilado. Era franco y afable con todos, y todos le querían, en especial Camila, que tenía mucha familiaridad con él, porque viviendo cerca de la iglesia, tenía ocasión de verle y hablarle con frecuencia. Por esto corrió á decirselo todo, lo de la quinta, lo de los designios de Carlos y sus temores, suplicándole que procurase inducir al joven á mudar de parecer si no quería verla morir de dolor. El cura le prometió hacer cuanto pudiera, y añadió que él mismo buscaría á Carlos antes de la noche.

Una hora después Carlos llamaba á la puerta del cura.

Aún no sabía lo que le diría, ni siquiera había pensado en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

el modo de entablar la conversación y estaba nervioso. Entró y se quedó de pie en un rincón de la estancia, con el sombrero en la mano.

Era una pequeña habitación de la planta baja, alegre, llena de luz, con ese aspecto particular de las viviendas de los curas de aldea, que hacen adivinar que la iglesia está al lado; las paredes blancas y desnudas, un crucifijo sobre la puerta, un cuadro antiguo, una maceta de díctamo en la ventana y un ligero olor de incienso en el ambiente.

El cura estaba sentado en un sillón delante de un velador y leía; cuando vió entrar al joven, hizo un movimiento de sorpresa.

— Tengo que hablar con usted, señor cura, dijo Carlos.

El cura le hizo sentar, y en tanto pensaba: «¿Cómo es que se me ha adelantado? Aquí hay algo oculto.» Y miró con fijeza á Carlos, y cruzó por su mente una sospecha que resolvió aclarar pronto.

— He oído decir que has sido llamado al servicio militar, dijo.

— Sí, señor, contestó el joven.

— ¿Y cuándo marchas?

— Marcharé después del reconocimiento facultativo, dentro de diez días.

— ¿Y..., replicó el cura lanzándole una mirada escudriñadora, vas de veras?

Carlos, en vez de contestar, le miró. El sacerdote se afirmó en su sospecha, y después de contemplar un rato el libro con el ceño fruncido, levantó la cabeza y dijo como distraído:

— Conque partes y has venido á pedirme un consejo, ¿no es cierto?

— Lo ha acertado usted.



El cura, á quien los vecinos del pueblo llamaban familiarmente D. Luis, era un anciano de setenta años

— Creo haber acertado..., dijo con seriedad el sacerdote, y luego, adoptando de pronto un tono benévolo, añadió: Eres un buen muchacho, robusto, juicioso, cumplirás tu deber y volverás á tu casa contento. No creo necesario preguntarte si estás más resuelto que nunca á mantener la promesa que has hecho á Camila; también estoy seguro de que en todo el tiempo que pases fuera de casa, observarás buena conducta y harás todo lo posible porque así como ahora al partir te despides de ella como un buen muchacho, así también al volver pueda ella estrechar la mano de un buen soldado: ¿digo bien?

El joven, maravillado, se sonrojaba y palidecía, sin saber qué responder ni qué partido tomar. De pronto recordó las palabras de su amigo: «Si se hace el sueco, no es más que una ficción para no ser el primero en comprometerse,» y lució para él un destello de esperanza. Se animó y rompió el hielo de golpe.

— Es que no voy al servicio, dijo.

— ¡Ah!, exclamó el sacerdote con leve sonrisa y volviéndose á mirar por la ventana.

— ¡Ya me lo presumí!, pensó Carlos.

— ¿Y qué te propones hacer?, preguntó el cura sin dejar de mirar afuera.

— ¿Yo?..

Se quedó un rato pensativo y contestó con presteza:

— La tierra es grande.

— Tú no sabes una cosa, dijo entonces el sacerdote volviéndose á Carlos y sonriendo benévolamente como si no hubiese comprendido el significado de sus últimas palabras. ¿No sabes que he sido cura de regimiento cinco años, desde el 54 al 59? Cinco años transcurridos como capellán del primer regimiento de infantería, brigada Rey. También yo he sido medio soldado y te puedo decir algo. Es cierto que desde enton-

ces acá las cosas han cambiado mucho... y dicen que para mejor. Pero cree lo que te digo: no es una vida mala, dura y perversa sino para los malos soldados; para los buenos, es cosa muy distinta. Todo consiste en comenzar bien. Desde el momento en que un joven se ha hecho bienquisto de los jefes, puede estar tranquilo: ya no siente el peso de la disciplina. Pero hay que ser alegres, francos, leales. Los jefes lo perdonan todo á esos buenos soldados solícitos y valientes, que aunque tengan el diablo en el cuerpo y cometan de vez en cuando alguna falta, basta mirarlos para decir forzosamente: «¡Es todo un hombre!» En todos los regimientos hay cierto número de esos individuos, que queman la sangre á los jefes, y que sin embargo, siempre que se les coge en algún renuncio, hay que cerrar un ojo. En cinco años he conocido muchos. Me acuerdo, entre otros, de un tal Farinelli, del que aún deben acordarse también los oficiales viejos. Era un mozo que te llevaba un palmo, y tan robusto que había que darle ración doble. Era el desenfreno personificado. Se escapaba de noche, arriesgaba la vida, no dejaba en paz á la compañía; pero era tan buen muchacho, que se hacía querer de todos. En las marchas llevaba los morrales de los que no podían más; en el cuartel siempre estaba cantando, retozaba como un corzo, rompía una piedra de un puñetazo; si sobrevenía una riña, él era quien la ponía fin á empujones; siempre el primero en auxiliar en los incendios, siempre el primero en arrojarse al agua por salvar á un compañero; truhán, descarado, pronto á replicar de modo que ninguno podía contrariarle; incapaz de mentir aunque le hubiesen cubierto de oro; soldado modelo en el servicio, pero un demonio fuera. Tenía el vicio de la bebida. Pero cuando había bebido, estaba en las filas tan tieso, que los jefes, en vez de castigarle, tenían que echarse á reír.

Todo el regimiento lo conocía. Su capitán decía que con cincuenta tunantes como él sería capaz de desbaratar un batallón de austriacos. Réuerdo que una vez el coronel, apuesto veterano con una cicatriz en la frente, pasando revista al regimiento, se paró á contemplar á aquel muchacho atrevido que le miraba con dos ojazos llenos de fuego, y no pudo menos de decirle: «¿Sabes que tienes una buena jeta de soldado?» ¿A que no aciertas lo que le contestó el muy pícaro? «Pues usted no tiene cara de bromas, señor coronel.» Y el coronel se quedó un momento atónito, pero luego se echó á reír y no le dijo nada. ¡Esos son soldados! Pero había otros, como nunca faltan, muy diferentes, enteramente opuestos, aunque no por ello menos bravos soldados. Hombres tranquilos que pasaban sus cinco años sin dar qué hacer, como sombras, lo mismo el primer día que el último; siempre de los primeros en ponerse en fila y en regresar al cuartel, sin tener jamás una mancha en el capote, sin decir una palabra más alta que otra, sin deber un céntimo sobre su masa, sin estar nunca enfermos ni de mal humor, soldados que en cinco años no sufrían un arresto ni una reprimenda, y de los cuales el capitán de su compañía ni siquiera sabía que existieran á no ser porque figuraban sus nombres en las listas; jóvenes que parecían haber nacido con el uniforme puesto y con el fusil en la mano, y que debieran ser soldados toda la vida. Me acuerdo de un capitán que contaba con diez ó doce de éstos en su compañía y me decía: «Si yo tuviese una compañía compuesta de soldados como éstos, viviría veinte años más. Si me preguntase usted á quién quiero más, si á esos muchachos ó á mis hijos, no sabría qué contestar.» ¿Qué te parece?

Carlos escuchaba cabizbajo y pensativo, como si meditase sobre las palabras que le dirigía D. Luis.

— Y puedo hablar con conocimiento de causa, prosiguió el cura, porque, no lo digo por alabarme, pero he conocido muy bien á los soldados piamonteses de aquel tiempo. Entonces era otra cosa. Hasta los soldados tenían religión y se confesaban. Ingresaban en las filas con medallas benditas al cuello; eran jóvenes sencillos, á la buena de Dios, quizás un poco rudos; pero en cuanto á temple, duros como esto (y daba con los nudillos en un pisapapeles de piedra). Muchos venían á hacerme sus confidencias. En aquel tiempo, un buen capellán servía para algo. Había algunos que en los primeros días venían á decirme que no podían soportar aquella vida. «Es inútil, decían, no tenemos valor; estando lejos de casa, con esta disciplina, sin amigos, por tanto tiempo, nos domina la desesperación.» Y yo contestaba siempre: «¡Ánimo, hijos míos! Os lo ruego en nombre de vuestra familia, de los hijos que algún día tendréis, del país en que habéis nacido, del rey que os ha dado este uniforme, no os desaniméis. Cumplís un gran deber. Cuando seáis viejos, os mostraréis orgullosos de poder decir que habéis sido soldados; no os faltarán amigos, os acostumbraréis á la disciplina y no sentiréis tanto las fatigas. Tened otro mes un poco de fuerza y de paciencia, y ya veréis.» Y quería que lo prometiesen, lo prometían y no les iba mal. Otros se desahogaban en la confesión contra ciertos jefes que no los podían ver y los ponían en el caso de hacer algún disparate. Y yo les repetía: «No, hijos míos, no digáis ni penséis esas cosas. No hay ningún jefe que pueda quereros mal. Es un error. Si alguno os persigue, es porque os ha juzgado mal. Hacedse lo comprender. Cumplid vuestro deber y mirad siempre al jefe á la cara, con respeto, pero con la cabeza alta, con el alma en los ojos, sin rencor, y habladle con el corazón en la mano como hablaríais á vuestro padre. Veréis cómo cambia

de parecer y os hará justicia.» ¡Cuántos vinieron después á darme las gracias por estos consejos! Una vez se me presentó un soldado licenciado con el objeto de decirme que él y otros siete ú ocho compañeros que marchaban juntos, también licenciados, habían ido á casa de su capitán, que siempre los había tratado mal, á despedirse de él: que aquel capitán, de quien todos decían que era un perro, les dijo: «Algunas veces os habré parecido un hombre bestial, que gritaba y castigaba sin razón; pero si os acordáis bien, esto sucedía en los días de lluvia, y la razón consiste en esta herida que me hicieron los austriacos en Novara,» y descubriéndose el pecho, les enseñó una horrorosa herida que le martirizaba hacía doce años. Entonces todos formaron diferente concepto y le rogaron que los disculpase. Hay que ir con pies de plomo, amigo mío, en juzgar y condenar. Me acuerdo siempre de un soldado de Saluzzo á quien trataba mal un oficial y lo odiaba de muerte; y cuando estalló la guerra, decía que él mismo se tomaría la justicia por su mano. Pues bien; se encontraron juntos en el campo de batalla en un momento en que llovían las balas. Oye ahora lo que pasó. De pronto, el soldado sintió que el oficial le descargaba un sablazo de plano en la cabeza: esto era ya demasiado: se le subió la sangre á la cabeza, dió un grito de rabia, y se volvió fuera de sí para darle un bayonetazo... Pero ¿qué vió? Al oficial, pálido, que se tambaleaba buscando dónde apoyarse. Había recibido un balazo en el costado mientras gritaba «¡Adelante!» con el sable levantado, y el arma, al caer, había dado en la cabeza del soldado. «En un momento, me contó él mismo, desapareció todo odio de mi corazón. Lo cogí, lo sostuve un rato, luego lo tendí en la hierba, y me arrodillé junto á él para taponarle la herida con la mano. Pero no había remedio: la herida era mortal. Él me miraba, sin quejarse, con los ojos

muy abiertos y fijos. Parecía como si quisiera pedirme perdón por los agravios que me había hecho. «¡Teniente, le dije, tenga usted ánimo! Será una cosa leve.» Pero sí, se le enturbiaba la vista. Y mientras me inclinaba para mirar la herida, me puso una mano en la cabeza y me la atrajo por el carrillo hasta el hombro como para hacerme una caricia. Yo levanté la cabeza y exclamé: «¡Teniente!» Pero había muerto: entonces me pareció que le había querido siempre.» Qué te parece? ¿Son éstos soldados? ¿Son hombres dignos de que se les salude, sí ó no?

Carlos continuaba inmóvil, con la vista fija en el suelo, esforzándose, aunque inútilmente, por dar á entender que su seriedad no era más que mal humor.

— Y en 1859 he visto á esos muchachos puestos á prueba, prosiguió el cura después de echar una ojeada á la ventana para mostrar que no se cuidaba de la impresión que sus palabras hubiesen podido producir. Entonces había también provinciales, hombres de veintiséis á treinta y dos años, en su mayoría casados y con hijos. Pero ¡qué soldados! Yo los vi pasar, el día del combate de San Montino, cuando el regimiento desfilaba por delante del coronel para marchar al fuego. Los jóvenes parecían despreocupados, los provinciales algo tristes; pero todos tenían buen ánimo, y gritaban un «¡Viva el rey!» que habría bastado para dar á entender que la batalla no se podía perder. El coronel decía de cuando en cuando: «¡Ánimo, muchachos! ¡Ánimo, y todo irá bien!» Yo los bendecía mentalmente, con el corazón un poco oprimido, pensando que muchos no volverían. Poco después empezaron á silbar las balas. No quiero echármelas de valiente, y hablando en verdad diré que cuando oí los silbidos de las primeras, que parecían maullidos de gatos rabiosos, me flaquearon las piernas. Pero pronto me

rehice. Me metí la mano debajo de la sotana, estreché un crucifijo que llevaba sobre el corazón, y dije: «¡D. Luis! Este es el gran momento de demostrar que un buen cura es también un buen soldado.» A los pocos minutos comenzaron á resultar los primeros vacíos en las filas. ¡Santísimo Dios, lo que vi entonces! Mientras la compañía seguía adelante, algunos de aquellos pobres jóvenes se paraban de pronto, daban una vuelta, así, con los brazos levantados, y caían desplomados con el fusil empuñado. Es preciso haber estado allí para comprender lo que se siente, el ánimo que se requiere cuando se les ve entre las mieses, en la hierba, en los setos, en las zanjas, con las caras blancas y los ojos fijos, y por todas partes armas y kepis esparcidos y sangre. Empecé á correr de unos á otros: me llamaban. «¡Aquí, aquí, capellán! — ¡Aquí estoy hijo, mío!,» contestaba. Me asían las manos, me hacían arrodillar, no querían que me separase de ellos, mientras yo animaba á los heridos y echaba la bendición á los moribundos. ¡Cuántas muertes he visto! ¡Y qué serenidad! ¡Qué resignación! Había algunos que antes de expirar hacían un ademán en el aire, con la mano, así, como para despedirse del regimiento que se alejaba. Otros me quisieron dejar un recuerdo. Tengo aquí en una cajita una sortija y una corbata encarnada: un pobre joven, campesino del Monferrato, quería darme sus pendientes y se andaba tocando las orejas con la mano, que ya no le servía, para quitárselos. Había momentos en que ni siquiera sabía dónde me hallaba. Las lágrimas me velaban la vista, tenía las manos llenas de sangre, y corría de acá para allá como un loco. Pero no he visto á nadie retroceder. Eran bersaglieris heridos que se sostenían abrazados á los troncos de los árboles, con esfuerzo desesperado, para ver á su batallón que combatía en las alturas. He visto á un artillero, mocetón rubio, herido en un

hombro y destrozada la camisa, que se apoyaba en el pretil de un pozo, y para animar á los soldados que pasaban, hacía ademán de salpicarlos con su propia sangre como para bendecirlos y gritaba: «Tomad: es sangre derramada por la patria: os dará suerte!» He auxiliado á un pobre soldado de caballería, que estaba ya expirando, y me dejó sus últimos recuerdos. Tenía en el bolsillo una carta para su mujer, con diez liras dentro, que aquel día quería echar al correo en Lonato y no pudo. Me la dió y me hizo prometerle que la echaría: cuando se lo prometí, pareció más tranquilo. Sufría mucho: estaba blanco como este papel y de cuando en cuando profería un prolongado lamento. Hizo un postrer esfuerzo para indicarme que me inclinase; lo hice así, y aplicó la boca á mi oído. Entonces me dijo con voz apagada: «Si alguna vez tiene usted ocasión de pasar por mi pueblo... soy de Castelnuovo Calcea... me llamo Antonio Calvi..., me hará usted un favor..., buscará á mi padre... y á mi mujer... Si preguntan cómo he muerto... — y al decir esto me echó un brazo al cuello para sostenerse, — dígales que he muerto como buen soldado..., con valor..., que no he padecido... casi nada..., y que cuando Beppiso... mi pobre hijo... sea grande, añadió con un nuevo esfuerzo, que se lo digan.» Dicho esto, dejó caer el brazo, echó atrás la cabeza sobre una piedra, y adiós..., todo concluyó. ¿Has entendido? ¡Esos jóvenes deben tomarse por ejemplo, almas fuertes y grandes, dignas de que se lleve su nombre en el corazón por toda la vida!

Carlos continuaba callado y cabizbajo; pero el temblor de las manos con que daba vueltas al sombrero demostraba que se debía haber despertado en su corazón alguna conmoción ó por lo menos una fuerte lucha de sentimientos opuestos.

— Pero no he visto solamente cosas tristes, añadió el cura



Mientras yo animaba á los heridos y echaba la bendición á los moribundos